

## NOTAS SOBRE LA ACTUALIDAD MUNDIAL

### EL VIAJE DEL PRESIDENTE POMPIDOU A LOS ESTADOS UNIDOS

Aunque el viaje a los Estados Unidos del presidente Pompidou se haya prolongado hasta el 3 de marzo, finalizó en su parte política el 25 de febrero, después de una segunda y última entrevista con el presidente Nixon. Este ha aceptado ir de visita a París. Es prueba de que la reconciliación franco-norteamericana es un hecho, por lo menos a nivel de los dirigentes de ambos países, y de que se inicia una nueva fase de las relaciones entre dos aliados a los que no separa lo que han dado en llamar un «contencioso». Sin embargo, de atenernos a las noticias facilitadas por las agencias internacionales de información, tal «contencioso» existía y el viaje del presidente francés se reducía a comparecer ante la opinión norteamericana como reo de ese crimen de lesa Israel que constituye la política de Francia en el Oriente Medio. Pero el presidente Nixon ha resistido presiones y logrado consolidar las relaciones franco-norteamericanas en el marco de una amistosa alianza, prescindiendo de divergencias más o menos secundarias. Semejante remar contra la corriente es tanto más de destacar cuanto que fue grande la actividad desplegada por la prensa y la televisión para condicionar la opinión norteamericana en contra del ilustre huésped del país.

Sin restarle un ápice a la importancia que en el ámbito internacional tiene el conflicto árabe-israelí, es evidente que el jefe del Estado francés llevaba en cartera importantes cuestiones de otra índole, dado que «la capital de Francia no es El Cairo y, excuso decirlo, no más Tel-Aviv». Tal puntualizó con fina ironía el presidente Pompidou ante los periodistas del Club Internacional de Prensa que parecían olvidar, incluso los norteamericanos, que la capital del país es Washington, un Washington que tanto como París se esfuerza por crear una nueva e indispensable dialéctica adaptada a los actuales problemas de Europa. Estos se plantean en otros términos

que hace unos años, cuando el general De Gaulle formulaba su tesis de apertura al Este que, hoy por hoy, ningún otro país europeo aplica con tanto empeño como la República Federal. De otra parte, en la O. T. A. N. perdura el vacío que Francia dejó al retirarse en marzo de 1966. Si los dirigentes norteamericanos abrigaron la esperanza de un retorno de Francia a la Organización, coincidiendo con la creación de una Fuerza integrada europea que permita reducir al mínimo compatible con la seguridad el compromiso norteamericano en el viejo continente, han tropezado con la negativa del presidente galo. Este ha dicho: «Francia quiere ser una aliada por libre opción y no por imposición», o sea, miembro fiel de la Alianza del Atlántico Norte, pero no miembro de una O. T. A. N. que, lo mismo que opinara su antecesor, traba la independencia de Francia, dedicada a hacer su política nacional. Con todo, pese a la constante de la independencia, la actual política gala se diferencia de la anterior por la renuncia a abrigar grandes designios a escala mundial. Más realísticamente, Francia se interesa casi en exclusiva por los problemas derivados de su situación geográfica. Por consiguiente, se preocupa por desempeñar su papel de país europeo y mediterráneo.

Si bien se desconocen los términos oficiales en que ha sido expuesta esta política mediterránea, en sucesivas declaraciones el presidente Pompidou ha señalado los puntos esenciales de una iniciativa que suscita recelos en el mundo anglosajón, temeroso de que el Mediterráneo pueda convertirse en zona de influencia exclusiva de Francia. Díganlo si no las violentas reacciones motivadas por la venta de los «Mirage» a Libia, no comprometida directamente en la guerra, que han servido de pretexto para suministrar «Phantoms» norteamericanos a Israel, país en guerra, con vistas a restablecer el equilibrio de fuerzas. Respecto al Mediterráneo, el presidente Pompidou enunció un hecho geopolítico evidente: constituye el ámbito natural de proyección de Europa y singularmente de los países ribereños, entre los que destacó a España. En lo estratégico, recordó que es el frente Sur de Europa, como señalara en 1952 el Generalísimo Franco. Dado que es absolutamente preciso evitar que el conflicto árabe-israelí «se convierta en enfrentamiento entre el Este y el Oeste», se deduce el objetivo perseguido de la simultánea retirada de las flotas norteamericana y soviética, criterio éste sustentado por España en las Naciones Unidas. Más en el camino del relevo de potencias extramediterráneas por países ribereños, se alza el obstáculo de bulto del conflicto cercano oriental, para el que no apuntó ninguna otra solución el presidente francés que la aplicación de la resolución del 22 de

noviembre de 1967. Nada pueden argüir los Estados Unidos contra esa postura por ser uno de los signatarios de la incumplida resolución, lo cual no impidió que el conflicto árabe-israelí haya sido el máximo escollo de las conversaciones de Washington, en las que también fueron examinados los problemas económicos, en particular la situación monetaria y los medios tendentes a coartar la inflación. Sobre estos puntos el acuerdo ha sido total. Lo proclama el próximo viaje a los Estados Unidos del ministro francés de Hacienda, Valéry Giscard d'Estaing. No sólo ha quedado atrás la ofensiva del general De Gaulle contra el dólar, sino que el presidente Pompidou se muestra partidario de su consolidación, sin perjuicio de que los países del Mercado Común se afanen en crear la unidad monetaria europea. Es este objetivo a largo plazo de un Mercado Común cuya puerta Francia ya no cierra a Gran Bretaña, aun sin abrirla de par en par: «Ingreso en la Comunidad, sí; pero no disolución de esa Comunidad», ha matizado el presidente Pompidou.

Con independencia de lo tratado por los dos jefes de Estado, este viaje ha puesto de manifiesto la voluntad del presidente Nixon de que Francia no quede marginada al iniciarse un nuevo capítulo de las relaciones internacionales en función de un acortamiento de las distancias entre el Este y el Oeste. De otra parte, ha evidenciado que Francia tiene conciencia del papel que puede desempeñar en un planteamiento multipolar del equilibrio mundial que requiere una Europa acorde. Contra ambos grandes aspectos de la política internacional han ido, en definitiva, los esfuerzos judíos que han mostrado su voluntad de desviar la nave norteamericana del rumbo trazado por el presidente Nixon. Casi lo lograron con las manifestaciones de Chicago, apenas entorpecida por la policía, y por poco el presidente Pompidou, prescindiendo de la etapa neoyorquina, regresa a Francia, como en 1967 el general De Gaulle regresó del Canadá sin pasar por Ottawa. Las excusas telefónicas del presidente Nixon y, hecho sin precedente en el protocolo de la Casa Blanca, su inopinada asistencia a la cena ofrecida al jefe del Estado francés en el «Waldorf Astoria» han impedido que el viaje tenga un colofón negativo. Estos desagrazos no anulan el hecho de que en los Estados Unidos, junto al problema negro, existe el de una comunidad de siete millones de judíos eventualmente susceptible de influir de modo decisivo en la política exterior de ese país.

## LAS POLÍTICAS NORTEAMERICANAS EN EL CERCAÑO ORIENTE

A muy duras pruebas se ve sometido el presidente Nixon en razón de un Cercano Oriente donde se impone cada día más la casi insuperable dificultad de conciliar extremos opuestos y mantenerse en equilibrio entre israelíes y árabes, lo cual era el meollo de la política programada para esa región al acceder a la Casa Blanca. Los hechos dicen que tal política ha fracasado, o sea, que estaba desacertada. Es una conclusión nada halagüeña para un pragmático. El fracaso no tiene por qué sorprender en lo que atañe a los árabes. Hubiera sido mucha la pericia necesaria para poner a flote la nave de los Estados Unidos encallada desde hace más de veinte años en los escollos de un continuado apoyo a Israel que hace correr riesgos, no sólo a sus intereses económicos, sino también a sus intereses estratégicos globales. Lo enojoso es que, sin atraerse a los árabes, la actual administración norteamericana se ha esquinado con Israel. Aparentemente, la negativa del presidente Nixon a suministrar, «de momento», los Phantom y los Skyhaws pedidos por la primer ministro Golda Meir en su viaje a los Estados Unidos del pasado septiembre es la causa de la tensión existente entre Washington y Tel-Aviv. En realidad, es el remate de un proceso iniciado hace meses, justamente cuando el presidente Nixon trató de enderezar el rumbo de la comprometedora política pro-israelí de la administración Johnson.

La participación de los Estados Unidos en la Conferencia de los Cuatro, que se celebra en el marco de la O. N. U., fue significativa a este respecto, pues aun antes de que empezaran las conversaciones, Israel optó por una postura negativa en cuanto a sus resultados, cualesquiera que fueran. Sin rodeos, el gobierno de Tel-Aviv declaró que se atenia a la fórmula por él propuesta a raíz de la guerra de los «Seis días», a saber, negociaciones directas con los árabes. Era dar por nulos los intentos de la valedora norteamericana para hallar una solución al problema árabe-israelí. En esta misma línea de mutua ignorancia de los respectivos puntos de vista, se inserta el llamado plan Rogers de paz para el Oriente Próximo. Al margen de las conversaciones de los Cuatro, o sea, en el ámbito restringido del diálogo bilateral soviético-norteamericano sobre el conflicto mediorienta, este plan fue sometido el pasado 28 de octubre a la consideración de la U. R. S. S., sin ponerlo previamente en conocimiento de Tel-Aviv. Ello sembró la alarma entre los dirigentes israelíes y, a primeros de diciembre, Aba Eban, ministro

de Asuntos Exteriores, cruzó el Atlántico para asegurarse, de una parte, que Washington y Moscú, no estaban llegando a un acuerdo a costa de Israel y, de otra, para remachar el clavo de la petición de ayuda financiera ya formulada por Golda Meir. En esta ocasión, Aba Eban no pidió al gobierno norteamericano, sino a la comunidad judía, la ayuda financiera imperiosamente necesitada por un país cuyo déficit previsto para 1970 es del orden de 900 millones de dólares. La cuestión del suministro de aviones, que seguía en candilero, quedó entonces en una discreta penumbra, acaso por efectuarse un sigiloso suministro de aviones estratégicos al ritmo de cuatro al mes, como se ha dicho. De todos modos, Aba Eban no logró modificar la prudente reserva política del presidente Nixon, pese a que no más que Israel, los árabes y su máximo apoyo, la U. R. S. S., aceptaban el plan Rogers, alegando que la preconizada retirada de los territorios ocupados por Israel no incluía la retirada de Charm-el-Cheik, motivo de la guerra de 1967. Es decir, que la política norteamericana conseguía que por unanimidad se rechazaran sus sugerencias. Y, en la Conferencia de Rabat, los árabes denunciaron una vez más el imperialismo de los Estados Unidos, en tanto que Israel seguía cerrando sus oídos a una solución pacífica y empezaba a dar publicidad a su petición de aviones estratégicos.

No se trataba de sustituir los «Mirage» afectados por el embargo francés, ni de restablecer un equilibrio roto por los suministros soviéticos a los países árabes. La superioridad aérea de Israel es incuestionable y se estima que la mantendrá durante tres o cuatro años, singularmente en razón de la falta de pilotos de que adolecen los países árabes. En estas condiciones, el objetivo perseguido con la noticia ampliamente difundida del suministro de aviones por Norteamérica fue volver Washington al redil de una alianza informal, pero efectiva, con Israel, contrarrestando así la alianza de la U. R. S. S. y los países árabes. No se trataba, pues, de un objetivo militar, sino político. Pero adscribir claramente los Estados Unidos a uno de los bandos en pugna en el Cercano Oriente, enfrentándolos así con la U. R. S. S., es contrario a las conveniencias del programa en marcha de acercamiento entre Washington y Moscú. Si el presidente Nixon se tomó un mes de reflexión antes de decidir si habría o no inmediato suministro de aviones, fue mirando al tendido soviético y árabe antes que a Israel, que en ningún caso ponía militarmente en peligro, dada su posición de fuerza en el ámbito aéreo. Fue un mes aprovechado al máximo por las compañías petrolíferas, preocupadas por sus inversiones en el Oriente Próximo y Medio, que son del

orden de los 2.000 millones de dólares y que, por vía de consecuencia, son propicias a contemporizar con los árabes. Es indudable que sus argumentos hicieron mella en el ánimo presidencial. Cautelosamente, el presidente Nixon amplió el plazo de un mes para dar a conocer su decisión, lo cual intranquilizó e irritó a Tel-Aviv por comprobar que el incondicional apoyo estadounidense se convertía en ambigua reticencia. Además, supuestas indiscreciones de prensa creaban el clima oportuno para comunicar oficialmente la negativa provisional de Nixon. Israel había perdido la batalla diplomática iniciada a bombo y platillo, por cometer el error de dar excesiva publicidad a sus relaciones con los Estados Unidos, proclamando así que de ellos dependía para sobrevivir frente al mundo árabe. Era llevar agua a un molino rebosante de antiamericanismo. La U. R. S. S. no clamorea el detalle de su apoyo a los árabes y éstos se muestran a su vez discretos. De haberse contentado Israel con un acuerdo secreto, es casi indudable que el presidente Nixon lo hubiera complacido. Con su equivocada publicidad, Tel-Aviv lo ha abocado a una negativa que, aunque provisional, supone enfriamiento de las relaciones con Washington. En contrapartida, ello ha permitido la reanudación de las conversaciones bilaterales de Washington y Moscú sobre el Oriente Medio. Pese a cuanto tiene de vano esfuerzo el diálogo sobre semejante tema, mantiene la ficción de que los dos Supergrandes no están enfrentados en esa región, sino que buscan afanosamente y de consuno una fórmula constructiva para establecer la paz. Es un resultado no del todo negativo.

#### EL PROGRAMA NORTEAMERICANO DE ARMAS ESTRATÉGICAS

Al llegar el presidente Nixon a la Casa Blanca pareció que la política nuclear norteamericana iba a ser substancialmente reconsiderada. Contrariamente a sus predecesores, singularmente durante su campaña electoral, el presidente Nixon se mostraba decidido partidario de «lo suficiente» en un ámbito en el que, respetados determinados límites de seguridad, superioridad absoluta o relativa inferioridad no tienen la decisiva importancia militar que tuvo el desequilibrio numérico con las armas convencionales. De otra parte, si 400 megatones suponen una potencia de destrucción susceptible de infligir a la U. R. S. S. daños totalmente insoportables ¿para qué proveerse de miles de megatones que, además, no se piensan utilizar? Pese a lo perogrullesco de la evidencia, la preocupación por

un incremento de la seguridad basada en la superioridad numérica del arsenal ha dominado en el Pentágono, que ha hecho del número de sus armas defensivas y ofensivas el factor esencial de su estrategia disuasiva. A su vez, el secretario de la Defensa de los presidentes Kennedy y Johnson, McNamara, adoptó el argumento de la cantidad, junto con el de la apremiante urgencia para los Estados Unidos de superar el «missil gap». El «missil gap» o clara inferioridad norteamericana en misiles de largo alcance frente a la U. R. S. S. fue el gran tema electoral del presidente Kennedy para desacreditar la administración republicana. Pasados los años cabe formular reservas en cuanto a una inferioridad denunciada por el candidato a la presidencia, en la que se ignora si creía de buena fe. En todo caso, McNamara no creía en ella. «Cuando en 1961 pasé a ser secretario de la Defensa—declaró en 1967—, la Unión Soviética sólo disponía de un muy reducido número de misiles de largo alcance». Es decir, que si alguna de las dos Superpotencias tenía un «missil gap», era la U. R. S. S. Lo cual no impidió que en 1961 los Estados Unidos iniciaran esfuerzos que son el punto de partida de la verdadera carrera de los armamentos en que cada adversario, aunque sea jadeando, se afana por que no se le adelante el otro y procura incluso adelantarse a él. Además, como la dialéctica de la disuasión es la misma para las dos Superpotencias, se sigue que a la estrategia norteamericana de la «destrucción segura» de los primeros años del 60, la U. R. S. S. replicara reforzando sus medios militares y multiplicando sus misiles.

Al presidente Johnson se le impuso en 1968 que era preciso poner término al incremento de un arsenal nuclear que ocho años antes ya permitía la destrucción de miles de Hiroshimas. La cuestión checoslovaca impuso un aplazamiento de las negociaciones previstas a fines del verano. Tampoco se celebraron en las postrimerías de ese año, como deseaba el presidente saliente. Se estimó que el momento era prematuro. Hubiera parecido que los Estados Unidos daban por buena la invasión de Checoslovaquia. Pero la vía de la negociación estaba expedita cuando el presidente Nixon proclamaba su razonable teoría de «lo suficiente». Sus laudables propósitos tropezaron en breve con el proyecto de red antimisil «Sentinel», cuya entrega efectuaban las industrias norteamericanas a principios de 1969. Los ciudadanos de Chicago y Boston se negaron a que se instalara cerca de sus ciudades esa especie de reclamo para proyectiles enemigos. «Sentinel» se convirtió en «Safeguard» y fue destinado a proteger los Minuteman almacenados en silos situados en campo raso. Pero a un tiempo el secretario de Defensa, Melvin

Laird, establecía ante el Congreso su primer balance de los recientes avances soviéticos. Y a partir de aquella fecha, poco a poco se desarrolla el tema de las ventajas estratégicas del M. I. R. V. o proyectil de cabezas múltiples y orientación independiente, réplica del SS-9 soviético. Proseguía la carrera armamentista.

Las conversaciones preliminares de Helsinki del pasado noviembre sobre limitación de armas estratégicas suscitaron esperanzas de un acuerdo futuro para detener la insensata y ruinosa escalada. Las declaraciones de Melvin Laird ante el Congreso el 10 de marzo, amenazan con rebajar sensiblemente el optimismo. En efecto, Melvin Laird se ha mostrado partidario de un aumento del dispositivo ofensivo y defensivo, de la construcción de nuevos aviones estratégicos y submarinos de amplio radio de acción. Tales proyectos, los ha conjugado con el propósito de acelerar la instalación de la red de antimisiles «Safeguard» y la puesta en servicio de mayor número de proyectiles de cabezas múltiples, que desde hace años empezó a estudiar el Pentágono y que ya equipan, al parecer, la mitad de los Minuteman. Todo ello lleva a la conclusión de que el presidente Nixon ha sustituido la teoría de «lo suficiente» por la teoría de la superioridad, sin que esto suponga —por lo menos, tal se pretende— que la nueva postura es incompatible con el plan de retirada paulatina de los Estados Unidos de Asia y de Europa. meollo de la política internacional nixoniana. Porque el mismo día en que exponía ante el Congreso el nuevo programa nuclear, Melvin Laird solicitaba créditos por mil millones de dólares destinados a la ayuda militar a países amigos, cuando el Congreso sólo había votado 350 millones. Según manifestaciones del secretario de Defensa, este aumento de los créditos se dedicaría en primer término a los países asiáticos, de acuerdo con la llamada «doctrina de Guam» del presidente Nixon que, por cierto, está sufriendo los duros embates de nuevos temporales registrados en el Sureste asiático, en particular en Laos y Camboya.

Donde aparece alguna incompatibilidad, o por lo menos cierta contradicción, es entre el reciente programa norteamericano de armas estratégicas y las negociaciones del SALT que los Estados Unidos y la U. R. S. S. han de reanudar el 16 de abril en Viena. Washington insiste en que su programa apunta a protegerse de un eventual ataque chino. La U. R. S. S. no puede esgrimir semejante argumento para justificar su propio programa, so pena de atraerse las iras de su irascible vecina. Pero confidencialmente, en torno a la mesa de negociaciones, ¿por qué no lo invocaría? Sus razones serían en



tal caso tan válidas como las aducidas por los Estados Unidos, y más aún habida cuenta de la frontera común con la República Popular China y la tensión más o menos latente en ella. Lo cual hace correr el riesgo de que las negociaciones de Viena no desemboquen siquiera en la realidad de una fórmula similar a la de los tratados navales de Washington de 1922 o de Londres de 1930, de tan limitados efectos en el orden práctico.

### EL PODERÍO NAVAL SOVIÉTICO

Las andanzas de noventa buques soviéticos navegando entre Gran Bretaña y Noruega, y posteriormente a lo largo de las costas de Escocia, han sembrado la alarma entre los británicos, antiguos dueños de los mares. Y, sin disimular—el disimulo hubiera sido espionaje—, cuatro unidades de la *Royal Navy* se hicieron a la mar y aviones de la R. A. F. emprendieron el vuelo para vigilar los movimientos de esa escuadra. La reacción no sorprende. Lo sorprendente es que se produzca cuando hace tiempo que los barcos soviéticos de toda índole no se limitan a navegar modestamente por los mares que bañan las costas de la U. R. S. S. y cuando las maniobras conjuntas de las fuerzas del Pacto de Varsovia en el Atlántico han ido adquiriendo mayor importancia año tras año. Así en 1968, esas maniobras se hicieron en el Atlántico Norte, el mar de Noruega, el mar del Norte, el Báltico y el mar de Barents. Las del año pasado, que también se llevaron a cabo en el Atlántico, terminaron, a guisa de traca final, con el envío de una flota al Lejano Caribe, para que participara en los actos conmemorativos de la revolución de Cuba. Se dijo entonces que esa demostración naval a proximidad de Norteamérica era una réplica al viaje que el presidente Nixon hiciera a Rumania, país situado en la zona de influencia soviética, por lo menos en el deseo del Kremlin. Pero al margen de puyazos diplomáticos se impone el incremento de la potencia naval de la U. R. S. S. No constituye ningún secreto de Estado y ha sido objeto de numerosos estudios.

Tal incremento está en la lógica de la estrategia global soviética que unifica en un todo coherente su acción ideológica, política, diplomática, económica y militar. Pero de pretender que el radio de acción de semejante estrategia estuviera a escala mundial, era preciso dotar a la U. R. S. S. de medios adecuados, es decir, salvar el obstáculo de los mares, insuperable para un país continental. Apenas repuesta de los golpes de la segunda guerra

mundial, la U. R. S. S. puso en marcha un programa de expansión de su flota pesquera, mercante y militar. Con todo, fue precisa la crisis de Cuba de 1962 y el retroceso que la superioridad naval norteamericana le impuso, para que la U. R. S. S. sacara lecciones prácticas de la experiencia y diese nuevo impulso y orientación a la voluntad de desarrollo de su potencia marítima militar.

Actualmente, la presencia naval soviética es un hecho que se registra en todos los mares. Su flota pesquera, la más numerosa y una de las más modernas del mundo, amplía constantemente sus zonas de actividad y se aleja cada año más de sus bases. Sin dejar de pescar, lo cual es su misión oficial, realiza trabajos de exploración de singular importancia para la navegación submarina. De ahí que se la pueda calificar de vanguardia de la marina de guerra sin incurrir en patológica suspicacia. En orden al desarrollo, no se le queda a la zaga la marina mercante. Su aumento en veinte años es considerable y su ritmo de crecimiento supera el de los Estados Unidos, si bien su tonelaje sigue siendo inferior. En cuanto a la flota de guerra, se distinguen en su ininterrumpido desarrollo diversas etapas que reflejan vacilaciones, hasta que a principios de la década del 60 se prescindió de las normas clásicas para constituirla. La reconstrucción de las fuerzas navales soviéticas se había iniciado en tiempos de Stalin. Se programó entonces en función de dos objetivos concretos: la defensa de las costas de la U. R. S. S. y la capacidad para prestar apoyo a las revoluciones, o sea, dotar la política soviética de los medios de que careció en la guerra de España. Finalmente, los tanteos desembocaron en la creación de una flota compuesta de unidades muy modernas, bien equipadas y de tipos muy diversos, en la que abundan pequeñas unidades de superficie armadas con proyectiles mar-mar y mar-aire y un crecido número de submarinos, toda vez que la U. R. S. S. parece más preocupada por el dominio de los fondos marinos que por el dominio del aire. Aunque cuenta con cruceros y portahelicópteros, tal flota no tiene portaaviones. Las bases de la aviación naval soviética están en tierra firme, lo cual implica un apoyo político local, como por ejemplo el de los países árabes en el Mediterráneo.

De todos modos, la flota soviética es numéricamente inferior a la norteamericana, si bien la supera en cuanto a submarinos. Despliega una gran actividad, no limitada ciertamente a rondar a Gran Bretaña, y es evidente que las demostraciones de fuerza naval por parte de la U. R. S. S. llevan implícitas finalidades políticas en ocasiones rentables. Así, apresado por los

coreanos del Norte el buque-espía «Pueblo», la flotilla norteamericana que volaba en su socorro fue interceptada por la escuadra soviética que navegaba por el mar del Japón. En evitación de un choque directo, Washington dispuso la retirada, el silencio y, más adelante, la negociación. Tanto como ese mar, la escuadra soviética de Vladivostok surca el mar de China, el mar de Bahrein y el Océano Indico, si bien evita acercarse a Vietnam. Recientemente se difundió la noticia, no confirmada, del hundimiento de un submarino soviético a lo largo de las costas españolas de Finisterre. En cuanto a la presencia soviética en el Mediterráneo desde el conflicto árabe-israelí de 1967, es un hecho de momento poco susceptible de modificación, pero que neutraliza la VI flota norteamericana e impide un eventual apoyo a Israel, so pena de gravísimas complicaciones que Washington evitará a toda costa.

Ello lleva a la conclusión de que la fuerza naval soviética está en condiciones de influir en el ámbito de la política internacional, una vez lograda su aspiración de convertir en realidad la doctrina de la igualdad, es decir, el derecho de todos los países a gozar en los mares de «derechos iguales o iguales posibilidades», como dijera Gromyko ante el Soviet Supremo en 1963. Jugando, sobre todo a nivel local, la carta defensiva, aunque amenazando con la carta ofensiva, lo cual origina la disuasión, la U. R. S. S. está pertrechada para tomar iniciativas. Aparte de conmemorar el nacimiento de Lenin, como se ha dicho, acaso la escuadra que navegaba a la altura de las costas británicas y ha provocado en los medios dirigentes de Londres un especie de zafarrancho de combate, apuntaba a otro objetivo. Por ejemplo, recordar la oferta de una Conferencia de Seguridad europea formulada por las potencias del Pacto de Varsovia. Los miembros de la O. T. A. N. la acogieron con reservas rayanas con la frialdad. Esa gran flota muy moderna, que se pasea por todos los mares del globo, tal vez trate de recordar al mundo occidental, a través de Gran Bretaña, el viejo dicho florentino de «besa la mano que no puedes cortar».

#### GOLPE DE ESTADO EN CAMBOYA

El golpe de Estado que la Asamblea Nacional y el primer ministro, general Lon Nol, han dado en Camboya el 18 de marzo, a nadie puede haber sorprendido, menos que al propio derrocado, el príncipe Norodom Sihanuk.

Después de una larga estancia en París por motivos de salud, a punto de abandonar esa capital para trasladarse a Moscú y Pekín, hizo a la radio-televisión francesa unas declaraciones muy reveladoras de un exacto conocimiento de lo que se gestaba en su país. Como quiera que entre las dotes de este príncipe, que se proclama socialista, no cabe incluir el don de profecía, se impone que las noticias a él llegadas desde Pnom Penh le descubrieran quiénes actuaban detrás de los jóvenes iracundos que asaltaban las embajadas del Vietnam del Norte y el Gobierno Provisional de Vietnam del Sur en aquella capital. Norodom Sihanuk declaró sin ironía que era su propósito recabar la ayuda de la U. R. S. S. y China Popular para mantener la neutralidad camboyana. De otro modo, dijo, la extrema derecha entraría en acción llevando al país al campo norteamericano, crítica situación que provocaría «tremendas e imprevisibles catástrofes» y pondría en manos estadounidense todo el Sureste asiático. Los acontecimientos se le adelantaron, impidiéndole proponer a los dos grandes del comunismo la opción entre la supuesta neutralidad de Camboya o la decidida inclinación a Washington, equivalente a un antineutralismo coincidente con el compromiso bélico.

Hay un falseamiento básico del problema de Camboya al plantearlo en tales términos. En efecto, si se entiende por neutralidad mantenerse al margen de conflictos o de un conflicto, es innegable que este país nunca pudo ser neutral, por haberse visto implicado en todo el proceso de descolonización de la antigua Indochina francesa, como la estuviera desde 1963, en el de su colonización. De suerte que las diversas etapas conducentes a su independencia, primero como Estado Asociado en 1949 y, a raíz de la Conferencia de Ginebra de 1954, como Estado soberano, se identifican sencillamente como el proceso de la independencia de Laos y los dos Vietnams, lograda a través del largo conflicto con Francia. Este no dejó a Camboya a salvo de las peripecias bélicas, aunque sólo fuera porque el trazado de la pista Ho Chi Minh, utilizada en tiempos para el apoyo logístico de las fuerzas Vietnamitas implantadas en el delta del Mekong, cruza Laos y roza ampliamente la frontera de este país con Camboya hasta penetrar en el Sur del Vietnam.

En la actual guerra entre los dos Vietnams, la insoslayable realidad geográfica ha impuesto a Camboya la situación ambigua de un decidido neutralismo de principio que los hechos niegan, lo cual ha originado tensiones diversas con los Estados Unidos, reiteradamente acusados de violaciones de frontera por el gobierno de Pnom Penh. Es cierto, pero los norteamericanos se han limitado a aplicar el derecho de persecución de los comba-

tientes comunistas que se guarecen en sus «santuarios» camboyanos. Con todo, desde 1963, es decir, antes de la escalada de la guerra del Vietnam, había cesado prácticamente todo acuerdo político y militar entre Washington y Pnom Penh, sin embargo, empeñado en proclamar una neutralidad que permitía amistosas relaciones con la U. R. S. S., China y Vietnam del Norte. A pesar de lo cual, desde 1967, existe en Camboya una guerrilla kmer de discípulos del Vietcong. No ha sido nunca numerosa, al parecer nunca más de 1.500 a 2.000 hombres. Las fuerzas gubernamentales han podido mantenerla a raya y en ocasiones diezmarla, tanto más cuanto que ni Pekín ni Hanoi han fomentado esta subversión, como contrapartida de una cierta resignada tolerancia del gobierno de Norodom Sihanuk ante la presencia en su país de tropas extranjeras que ponían en solfa su proclamada neutralidad. Sin embargo, no han dejado de producirse choques entre las fuerzas comunistas y el ejército camboyano, que fracasó en el propósito de desalojarlas de sus posiciones. Por ello, Hanoi y el Gobierno Provisional de Vietnam del Sur fingieron ignorar estos intentos. En la actualidad se calcula que hay 40.000 norvietnamitas y vietcongs en la frontera con Vietnam del Sur, los cuales utilizan a Camboya como base de partida contra el delta del Mekong.

Las declaraciones del nuevo gobierno de Pnom Penh no señalan en realidad otros objetivos políticos que los del anterior y la neutralidad e integridad de Camboya no se reconsidera. Lo que sí afirma el general Lon Nol es el propósito de convertir esa neutralidad en algo sin discusión y no en una ficción provechosa para el campo comunista. En esta diferencia radica toda la problemática del cambio de gobierno en Camboya y del futuro del país, una vez descartada la hipótesis de que Hanoi atienda la petición de Pnom Penh de retirar sus tropas del país. Asimismo no cabe considerar la posibilidad de que los dos copresidentes de la Conferencia de Ginebra, Gran Bretaña y la U. R. S. S., presten oídos al ruego de enviar nuevamente la comisión de armisticio, que también pidiera en vano el Gobierno de Vientian. Por consiguiente, se perfila en el horizonte camboyano la solución militar, contando con el ejército kmer, de unos 35.000 hombres, deficientemente equipados y llamados a enfrentarse con los 40.000 norvietnamitas y vietcongs bien aguerridos y mejor armados que campan por una extensa zona fronteriza en parte limítrofe con un Laos en sus dos terceras partes en manos del Pathet Lao. Al parecer, ya se han producido encuentros entre el ejército kmer y las tropas comunistas en la frontera de Vietnam del Sur. A un tiempo,

se han registrado ataques survietnamitas en ese sector en que la «vietnamización» ha retirado las fuerzas terrestres norteamericanas que sólo prestan un apoyo aéreo. De tener éxito este ataque por partida doble, que coloca a las fuerzas comunistas entre dos fuegos, tendría singular importancia para el desarrollo futuro de la guerra del Vietnam, habida cuenta de que sólo combaten entre sí unidades asiáticas. Pero sería preciso que simultáneamente no se despabilara la adormecida guerrilla kmer ni se produjera agitación en las masas campesinas camboyanas, adictas a Norodom Sihanuk. De producirse esta eventualidad, se agravaría la situación hasta desembocar en una ampliación de la guerra, de la que no quedaría excluida Tailandia. Ello abocaría a tomar graves decisiones a unos Estados Unidos que se han apresurado a reconocer al nuevo gobierno camboyano. La hipótesis puede tanto menos desecharse cuanto que dista de estar resuelta la confusa situación de Laos. Ciertamente, el Pathet Lao ha aflojado la presión sobre el territorio controlado por Suvana Fuma, pero la tregua armada no le impide reagrupar sus fuerzas mientras las negociaciones siguen su sinuoso curso, permitiendo así una nueva ofensiva de no llegarse a un acuerdo aceptable para los dos bandos. Es decir, que el futuro de Camboya depende en gran parte del giro de los acontecimientos en Laos. Pero ¿puede avenirse Hanoi y el campo socialista a que este país se sosiegue e instale en la neutralidad? La carretera estratégica que, según indicios, se está construyendo entre Laos y China desmiente tal esperanza. Tampoco permite abrirla la reciente declaración del presidente Nixon que calificó la situación en Laos de «incierta» y de «imprevisible» la de Camboya.

#### HACIA LA SEGUNDA GUERRA INDOCHINA

Como consecuencia de la agravación de la nunca aplacada tensión bélica entre los dos bandos en pugna en Laos y de los recientes acontecimientos en Camboya, se ha dicho muy justamente que la guerra del Vietnam amenazaba con ser la guerra de Indochina. En efecto, el área actual de conflictos nacionales coincide con los territorios que constituyeron la Federación de Indochina, parte de un Imperio colonial por cuya defensa Francia luchó desde 1949 a 1954. Pero existe la diferencia de que esta eventual segunda guerra de Indochina es más peligrosamente internacional que la anterior, en razón de la intervención directa de los Estados Unidos, potencia

de primera magnitud, y de las implicaciones de Australia, Nueva Zelanda, Corea del Sur, Filipinas y Tailandia, de una parte, y, de otra, del apoyo prestado a sus enemigos por la U. R. S. S., China Popular y todo el campo socialista. En esta fase casi crítica del largo y complejo problema del Vietnam, salta a la vista una grave contradicción. La origina el propósito del presidente Nixon, impertérrito en su decisión de retirar los efectivos destacados en esa región de Asia y el riesgo de una escalada del conflicto al venirse abajo el mito de la neutralidad de Laos y Camboya, decidida en los acuerdos de la Conferencia de Ginebra de 1962, pero no reflejada en los hechos. Actualmente, las cosas resultan más claras, pero son más peliagudas.

Estas circunstancias confieren singular interés a la propuesta formulada por Francia a raíz del Consejo de Ministros del 1 de abril de reanudar la Conferencia de Ginebra de 1964, que puso término a su guerra de Indochina, y de hacerlo contando con todas las organizaciones y países interesados en la cuestión, incluida China Popular. Se trataría, pues, de negociaciones generales tendentes a un arreglo global en el Sureste asiático y no solo, como en la Conferencia de París, de resolver el problema de los dos Vietnams. El ministro de Asuntos Exteriores galo, señor Schuman, en el almuerzo que le ofreció la Asociación de la Prensa Extranjera al día siguiente de la declaración oficial, puntualizó que ésta era una reafirmación de la política francesa desde que se inició el conflicto vietnamita y en modo alguno una fórmula empírica dictada por la amenaza de su agravación.

Este asegurar la fidelidad a una línea política lleva a la conclusión de que el plan propuesto por Francia, que no pretende desempeñar el papel de mediadora, ya fue expuesto al presidente Nixon por el Jefe del Estado galo con motivo de su visita a los Estados Unidos. Las nuevas tormentas que rondan el Sureste asiático han dado a París la oportunidad de expresar públicamente su punto de vista que, por lo pronto, ha sido bien acogido por los senadores Fulbright y Mansfield, ambos tenaces oponentes de la política gubernamental en esas áreas. Tampoco el plan ha sido rechazado por Vietnam del Norte, si bien el Sur se muestra reservado. En cambio, el secretario de Estado, Rogers, ha sido reticente ante la sugerencia francesa por estimar que podría torpedear la Conferencia de París donde, dijo, se registraban síntomas de progresos. Acaso la fina percepción de William Rogers sea la única en captar algún progreso en esas negociaciones, a no ser que al cabo de casi dos años de discusiones y mutuos reproches, el agotarse argumentos y calificativos pueda estimarse como un avance positivo.

En realidad las reticencias de Rogers encubren un problema de fondo: el de la concepción del futuro político del Sureste asiático. Ciertamente, los Estados Unidos no pretenden quedarse físicamente en esas áreas, si bien no consideran, al menos de momento, la posibilidad de una total desvinculación. La llamada doctrina Nixon, expuesta en el discurso de Guam del pasado verano, es aleccionadora a este respecto. La propuesta francesa no está en semejante línea. No apunta a retener nada, sino a mirar cara a cara la realidad, sin esperanzas de consolidar o de crear un Sureste asiático pro-occidental, si bien confiando en que ese sector pueda no ser declaradamente prochino. Tal objetivo, estima, pueda lograrse a través de la neutralidad de una federación de los países de la antigua Indochina, aunque el común denominador fuera socialista. En esta visión de futuro está acaso la explicación del golpe de Estado camboyano. Ante la paulatina retirada norteamericana, los sectores nacionalistas de Camboya han tomado conciencia del creciente riesgo de verse arrollados por una subversión generalizada. Y han tratado de desviar el curso de los acontecimientos, comprometiendo con su acción al gobierno estadounidense. Pero junto a este sector, están las izquierdas, influidas y organizadas por Hanoi, las cuales a pesar de su ideología no desconocen los riesgos que representa para sus respectivas naciones una China que tradicionalmente los ha invadido. El cuidado de Hanoi por no distanciarse de la U. R. S. S., aun manteniendo excelentes relaciones con Pekín, es exponente de este temor a China, por lo demás compatible con la repulsa a admitir la protección occidental y con el propósito de crear una federación de países del Sureste asiático. Hacia tal meta apuntó la creación en 1949 del Pathet Lao, rama laosiana del Vietminh, y seguidamente el apoyo a la guerrilla kmer y tailandesa, junto con el apoyo de China. Posiblemente, semejante proyecto de federación es tan poco del agrado de Pekín como lo fuera de la U. R. S. S. el de federación de Yugoslavia y Bulgaria, que provocó la ruptura entre Stalin y Tito. En cambio, una federación indochina cuya neutralidad garantizarían las potencias participantes en la reedición de la Conferencia de Ginebra de 1954, obtendría, sin duda, alguna el asentimiento de la U. R. S. S., sin que China Popular, pendiente de su propaganda en el Tercer Mundo, pudiera rechazarla. En cuanto a los Estados Unidos, ¿pueden creer en la supervivencia del enclave democrático de Vietnam del Sur en un Sureste asiático socializado?

Es un tópico decir que la política es el arte de lo posible. En este caso concreto, lo posible sería, en definitiva, el mal menor. Una federación neu-



tral en el Sureste asiático, aunque fuera socialista, podría considerarse un mal menor por ser su peso específico susceptible de resistir las presiones chinas, lo cual no parece posible de enfrentarse con ella en orden disperso esas naciones débiles. Finalmente, sería la forma de cortar el nudo gordiano de un conflicto que no por extenderse permitiría vislumbrar soluciones satisfactorias, a estas alturas, un poco irreales.

### LOS PROBLEMAS DEL LÍBANO

Junto al irrisorio alto el fuego existente en la línea de demarcación entre Israel y los países árabes con los que estuvo en guerra en 1967, se perfila el peligro de un ataque israelí al Líbano, que no tomó parte en el conflicto. En realidad, la tensión entre Israel y su pequeño vecino, cuya población no alcanza los dos millones de habitantes, no es un hecho nuevo en el panorama cercano-oriental de estos últimos años. Aunque enemigo de Israel por ser árabe, desde 1948 hasta la guerra de los Seis Días, el Líbano sorteó hábilmente los escollos de una abierta enemistad con ese país y los peligros de un desentenderse del drama árabe. Pero al surgir en el Próximo Oriente el factor de la resistencia palestina, el Líbano se vio comprometido en la guerra latente por la instalación de guerrilleros en el Sur de su territorio. Así se rompió el equilibrio que le permitía estar de corazón con sus hermanos árabes y permanecer a salvo de las turbulencias bélicas. Con todo, mal que bien, el Líbano siguió tirando hasta que a finales de 1968 se produjo el ataque a un avión de «El-Al» en Atenas. Sin demora, Tel-Aviv hizo recaer la responsabilidad de la acción sobre el Líbano. Dos días después, helicópteros israelíes bombardeaban el aeropuerto de Beirut destruyendo doce aviones civiles. La violenta represalia provocó revuelo internacional en razón de las circunstancias muy particulares de ese pacífico país por mitad cristiano y musulmán, tradicional amigo y protegido de Francia y, en general, del Occidente. El 8 de enero de 1969, Francia decretaba el embargo de todas las armas con destino a Israel, además del embargo de los «Mirage» en vigor desde el conflicto de 1967. De otra parte, los Estados Unidos aseguraban al Líbano el respeto de su soberanía territorial.

Pero a partir de entonces, el Líbano se vio metido en el círculo vicioso de los ataques guerrilleros y las represalias... y viceversa. Para poner término a esta situación, Tel-Aviv exigió que Beirut cortara por lo sano la

actividad guerrillera. La exigencia repercutía directamente en la política interior de un país dividido no sólo en lo religioso, sino también en su postura frente al conflicto árabe-israelí, sin que esta división se correspondiera con la pertenencia a tal o cual confesión o clase social, si bien los sectores populares y estudiantiles se sienten singularmente solidarios de los palestinos y su causa.

Ahí está la clave de las violentas reacciones originadas a finales del pasado octubre por la decisión gubernamental de coartar los movimientos de los guerrilleros en la zona Sur, base operativa contra Israel. El país estuvo a orillas de la revolución y de la desintegración nacional. El presidente Nasser hubo de mediar en el pleito entre Beirut y los palestinos apoyados por amplios sectores libaneses. Los acuerdos de El Cairo suponen ciertamente una reglamentación, al menos teórica, de la actividad de los guerrilleros, pero en modo alguno su eliminación del Líbano. No cabía otra fórmula dado el exiguo margen de maniobra de que dispone el gobierno de ese país.

La explosión en vuelo del «Coronado», de la Swissair, sucedida en el pasado febrero, añadió leña a un fuego dispuesto a arder. Como quiera que la actividad guerrillera causa daños, aunque no los mencionen los partes israelíes, interesa a Tel-Aviv ir neutralizando la resistencia palestina. El asunto del avión suizo ha sido el motivo invocado para una concentración de fuerzas en la frontera con el Líbano, pues se dio por demostrado que en ese país se fraguó el supuesto atentado. La incursión israelí contra un pueblo libanés en la madrugada del 7 de marzo, ¿será prelude de un ataque a gran escala contra el Líbano? Ante esa eventualidad, el gobierno de Beirut se afana por hallar una fórmula que permita al país adherirse sentimentalmente a los árabes, pero manteniéndose no beligerante con su exiguo ejército casi puramente simbólico. Al parecer, Al-Fatah ha renunciado a atacar a Israel partiendo del Líbano, pero no la Saika, cuya sede está en Siria. Por ello la búsqueda de una fórmula pasa por Damasco. Lo confirma la reciente visita al Líbano del ministro del Interior sirio, unido por estrecha amistad con el ministro del Interior libanés, al musulmán Kemal Yumblas, conocido por sus tendencias basistas y su viva simpatía por la resistencia palestina. En todo caso, estos contactos mejoran las relaciones sirio-libanesas, tan tensas durante la crisis del pasado octubre que se temió la invasión del Líbano por su vecina. De otra parte, aunque no se eliminen las guerrillas, cabe que Kamel Yumblas logre controlarlas.

¿Se conseguirá con estas medias tintas aplacar a Israel? No son tran-

quilizadoras a este respecto las declaraciones del general Dayan de regreso de un viaje de inspección en la zona fronteriza. ¿Puede salvar el Líbano su precaria paz al socaire de Francia y los Estados Unidos? En 1968, el general De Gaulle envió a Beirut una misión militar. Así puntualizaba que las seguridades que daba Francia no eran palabras en el aire. Actualmente, el gobierno galo se mueve con suma prudencia en torno a esa caldera a punto de ebullición. En cuanto a los Estados Unidos, su embajador en el Líbano ha reiterado las garantías de 1968. No se derivan éstas de un tratado, suponiendo que los términos de un tratado sean siempre respetados. Por ello se imponen por igual fundamentados los criterios discrepantes de los medios libaneses ante la protección estadounidense. Para los optimistas, Israel se guardará de penetrar en un país amparado por Washington. Para los pesimistas, o acaso realistas, ese amparo sólo significa que Israel no ocuparía territorio libanés como ocupa Gaza, la Península del Sinaí y Cisjordania, excluye la posibilidad de operaciones militares en el Líbano, como las realizadas en Jordania y el Canal de Suez, tras las que vuelven los israelíes a sus bases de partida. Semejante táctica ¿no es acaso compatible con la garantía de la soberanía territorial proclamada por Washington? Es, sin duda, esta última interpretación de las garantías norteamericanas la que impulsa al Líbano a resolver el problema de las guerrillas sin suscitar las iras de la mayoría de su opinión pública; o sea, a perseguir a un tiempo dos objetivos opuestos entre sí. Dicho en otros términos, el gobierno libanés lucha entre la espada israelí y la pared de su ineludible pertenencia al mundo árabe, que implica estar con él a las duras y a las maduras. De ahí su negativa a firmar un tratado bilateral con Israel, como lo ha propuesto hace unos días el ministro de Asuntos Exteriores israelí, Aba Eban.

#### QATAR Y LA FEDERACIÓN DE ESTADOS DEL GOLFO PÉRSICO

«Qatar, hasta ahora miembro de la Federación de Estados del Golfo Pérsico, ha proclamado una nueva Constitución y se ha declarado Estado soberano e independiente con el nombre de Dawlat Qatar». Tal es la noticia difundida por las agencias de información. Pasó inadvertida. Es lógico por tratarse de un remoto e ínfimo país, unas 67 veces menor que España, cuya población, de religión musulmana, no rebasa las 70.000 almas, con tres habitantes por kilómetro cuadrado. Península próxima al archipiélago de Bah-

rein, Qatar linda con Arabia Saudita y la Costa de los Piratas. Hasta que en 1939 se descubrió abundante petróleo en su suelo y más adelante en su plataforma submarina, este país vivió miseramente. Cuesta algún trabajo llamar Estado a este territorio que tras larga dominación turca pasó a ser protegido de Gran Bretaña en el siglo XIX, hasta que en 1916 accedió a una peculiar independencia. En efecto, Gran Bretaña conservó la dirección de sus relaciones exteriores y la exclusiva de las concesiones petrolíferas y de la pesca de perlas. En cambio, en los asuntos internos, el chej Ali-Al-Thami, que ejerce prácticamente un poder absoluto, no ha visto coartadas sus iniciativas. Así en 1964 pudo decidir la implantación en el principado de una administración moderna. Encomendó la tarea a un profesor egipcio, indicio nada desdeñable de pro-arabismo a señalar en la actual coyuntura del Oriente Medio. Con todo, Qatar siguió siendo un protectorado británico donde está presente un «agente político» inglés encargado de los asuntos internacionales, como sucede en Bahrein, los emiratos de la Costa de los Piratas y el sultanato de Mascate y Omán, que fueron ensamblados en 1959 merced al apoyo que Gran Bretaña prestó al sultán de Mascate, quien obligó al chej de Oman a refugiarse en El Cairo.

De ahí que al decidir el gobierno laborista, en 1964, la retirada de Gran Bretaña del Extremo Oriente—salvo de Hong-Kong—y también del Golfo Pérsico, se considerase la manera de mantener en haz de orden y quietud, como por lo pasado, los territorios de esta última región que, desde la antigüedad, tiene considerable importancia comercial y estratégica debido a su situación geográfica. No es ciertamente el petróleo de que rebosan esas áridas tierras y los grandes intereses a él vinculados los que menguan actualmente esa importancia. Pero el arsenal político de Gran Bretaña se limita a contadas fórmulas. Una de ellas es la federación, aplicada con muy escasa fortuna en la etapa de descolonización de su vasto Imperio. A ella recurrió de nuevo después de declarar oficialmente Wilson, a principios de 1968, que la retirada «al Este del canal de Suez» se efectuaría antes de finales de 1971, en lugar de 1975 como estaba previsto. Y el 30 de marzo de 1968, Gran Bretaña dio a luz jurídicamente a la Federación de Estados del Golfo Pérsico, especie de cajón de sastre comprensivo de Qatar, Bahrein, los siete emiratos de la Costa de los Piratas y el sultanato de Mascate y Oman. El problema parecía resuelto. El único inconveniente fue la resistencia pasiva de los federados. Gran Bretaña no ha logrado vencerla para poner realmente en marcha esa Federación que, encuadrada por Arabia Saudita y Koweit, podía perma-

necer alejada del progresismo e incluso de un nacionalismo quisquilloso, cual el de Egipto o Iraq, que obligaron a los británicos a replegarse a Bahrein y Aden, base ésta que hubo de abandonarse en 1967 al proclamarse la independencia. Ello aumentó la importancia de Bahrein, hasta hacerla fundamental dada su situación geográfica, y aún más la de Mascate y Oman, «tapón de la botella del Golfo Pérsico», como se ha dicho, y uno de los territorios mejor situados del mundo en el orden estratégico. Es decir, cuán capital era, no sólo para Gran Bretaña, sino para el mundo libre y por todos conceptos, que no se rompiera ningún eslabón de la cadena defensiva que la Federación apuntaba a colocar en el marco de la nueva orientación exterior de Gran Bretaña, coincidente con la nueva estrategia norteamericana en Asia.

Pero he aquí que aun antes de que los británicos se retiren de esa región, se aprecian síntomas de disgregación de un conjunto más teórico que real, bien es verdad. Sin duda, la salida del pequeño Qatar de la Federación no implica forzosamente que ésta haya de irse a pique antes de haber navegado, pero es un hecho revelador que da pábulo al temor de que otros países adopten decisiones semejantes motivadas bien por conflictos internos, bien por choques entre esos federados un poco a la fuerza. No eran éstas las circunstancias de Qatar, que no tiene problemas internos ni exteriores. No puede decirse lo mismo de otros países de esa área.

Así, Iran reivindica Bahrein, decimocuarta provincia del Imperio cuyo escaño en el Parlamento está vacío. Además, en Bahrein bulle el nacionalismo árabe desde el conflicto con Israel de 1948. Esta tendencia se explyaya en el Frente de Liberación Nacional, cuyo programa se asemeja al de los Estados árabes más socialistas. Si los disturbios nacionalistas de 1956 lograron el relevo del procónsul británico Belgrave y cierta autonomía, y si la grave subversión popular de 1965 hizo tambalearse la autoridad del príncipe, ¿puede afirmarse que el actual movimiento organizado no alcanzará sus objetivos? Los emiratos de la Costa de los Piratas viven sin pena ni gloria, ricos los que tienen petróleo, pobres los que no lo tienen, lo cual crea un enojoso desequilibrio socio-económico. Puede ser motivo de fricción entre unos micro-monarcas absolutos, tradicionalmente a la greña. Gran Bretaña los ha mantenido quietos. Ausente ésta, desaparece la base de la paz actual. En cuanto a Mascate y Oman, unión que resulta de una acción de fuerza que ha dejado heridas abiertas, tiene en lo exterior el problema de las islas Masirah y Kuria-Muria, a la entrada del Pérsico. Formaban parte de la

#### LIUDPRANDO

Federación de Aden. Londres decidió agregarlas al sultanato en vísperas de la independencia de Yemen del Sur, que protestó en vano. La reivindicación permanece y también la formulada por Iraq sobre Koweit, miembro de la Liga Arabe y de la O. N. U. Si tal le sucede a una nación pertrechada con semejantes avales, pueden imaginarse los peligros que acechan a países cuyas individualidades nacionales apenas se afirmarán después de una retirada británica que tantas reservas suscita en los Estados Unidos. Porque prescindiendo de que una eventual influencia soviética o china llene el vacío que deje Gran Bretaña, cabe temer que surja un caos a medio o largo plazo, ello en razón de subversiones internas desencadenadas por las masas obreras que bullen en torno al petróleo o bien en razón de las diversas reivindicaciones de los países ribereños. En ambas hipótesis estarían en grave peligro los intereses petrolíferos, el tráfico comercial y aéreo y el dispositivo estratégico de las áreas al Este del canal de Suez.

LIUDPRANDO.